



PIP WILLIAMS

Traducción de:
ANA ISABEL SÁNCHEZ DÍEZ

EMBOLSILLO

OXFORD

• 1911 •

0 500 1000

Escala en pies



EL "SCRIPTORIUM"

El "Scriptorium"
Sunnyside



OXFORD UNIVERSITY
PRESS

- 1 Librería Blackwell
- 2 Christ Church College
- 3 Cafetería Queen's Lane
- 4 Hospital Radcliffe
- 5 St. John's College
- 6 Iglesia de Santa María Magdalena
- 7 Trinity College

PARQUES
DE LA
UNIVERSIDAD

BANBURY ROAD

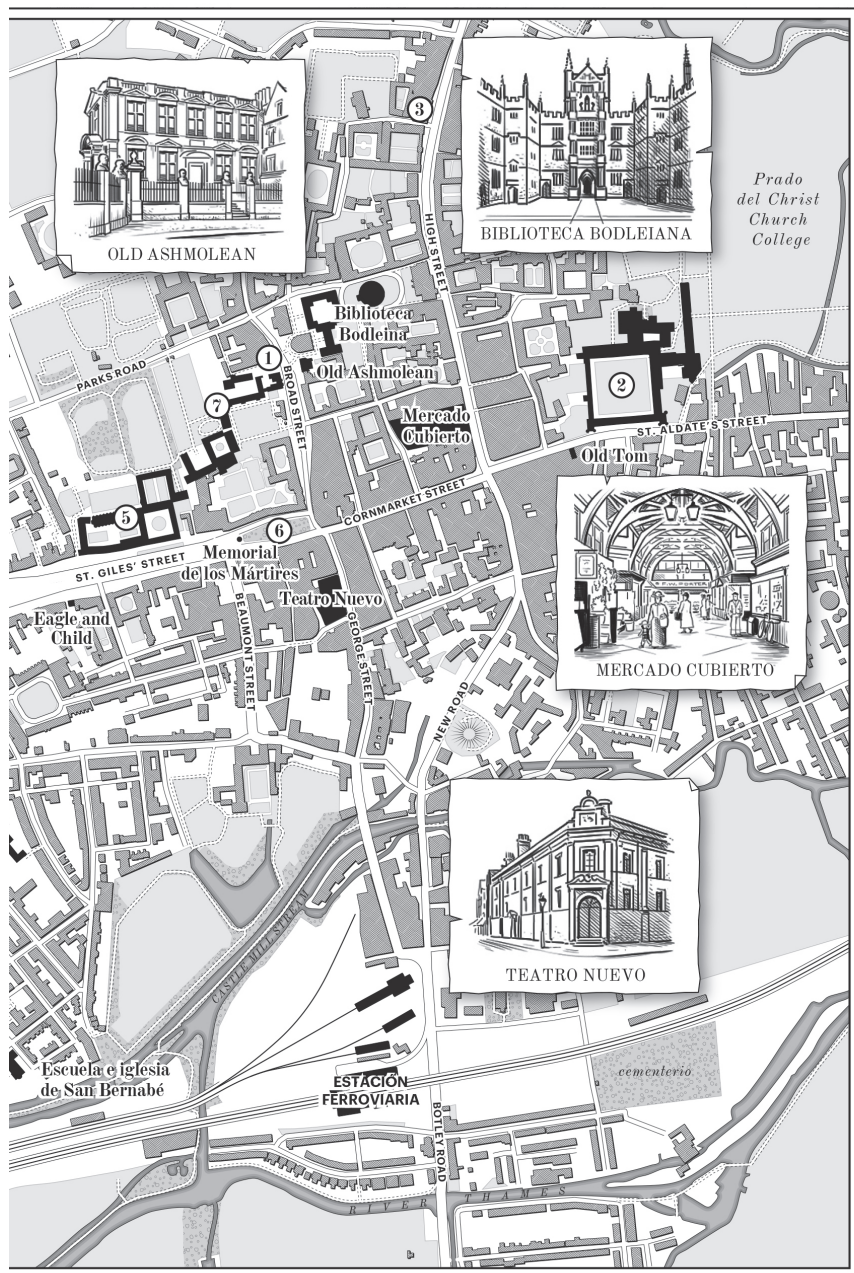
WOODSTOCK ROAD

Somerville
College

Casa de Esme

Oxford
University
Press

cementerio



OLD ASHMOLEAN



BIBLIOTECA BODLEIANA

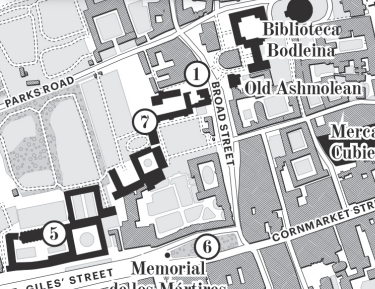
Prado
del Christ
Church
College



MERCADO CUBIERTO



TEATRO NUEVO



Eagle and
Child

Memorial
de los Mártires

Teatro Nuevo

Escuela e iglesia
de San Bernabé

ESTACIÓN
FERROVIARIA

cementerio



Febrero de 1886

ANTES DE LA palabra perdida, hubo otra. Llegó al *scriptorium* en un sobre de segunda mano, con la dirección antigua tachada y las señas «DOCTOR MURRAY, SUNNYSIDE, OXFORD» escritas en su lugar.

La labor de mi padre consistía en abrir el correo y la mía, en sentarme en su regazo como una reina en su trono y ayudarlo a liberar cada palabra de su cuna plegada. Me decía en qué pila debía colocarla, y a veces se quedaba callado, me cubría la mano con la suya y me guiaba el dedo hacia arriba, hacia abajo y alrededor de las letras mientras me las susurraba al oído. Él pronunciaba la palabra y yo la repetía; después me explicaba lo que significaba.

La palabra estaba escrita en un trozo de papel de estraza con los bordes irregulares allá donde lo habían rasgado para que se ajustara a las dimensiones preferidas del doctor Murray. Mi padre guardó silencio y me preparé para aprenderla. Pero no me cubrió la mano con la suya y, cuando me volví para acuciarlo, la expresión de su rostro me obligó a contenerme; pese a lo cerca que lo tenía, me dio la sensación de que estaba muy lejos.

Regresé a la palabra e intenté comprenderla. Sin que su mano me guiara, tracé las letras una por una.

—¿Qué dice? —pregunté.

—Azucena —contestó.

—¿Como mamá?

—Como mamá.

—¿Eso significa que mamá saldrá en el *Diccionario*?

—En cierto modo, sí.

—¿Saldremos todos en el *Diccionario*?

—No.

—¿Por qué?

Sentí que mi cuerpo subía y bajaba al ritmo de su respiración.

—Un nombre debe significar algo para aparecer en el *Diccionario*.

Volví a mirar la palabra.

—¿Mamá era como una especie de flor? —pregunté.

Mi padre asintió.

—La flor más hermosa.

Cogió la palabra y leyó la frase que había debajo. Luego le dio la vuelta al papel en busca de algo más.

—Está incompleta —afirmó.

Pero la leyó de nuevo moviendo los ojos de un lado a otro con rapidez, como si así fuera a encontrar lo que faltaba. Colocó la palabra en la pila más pequeña.

Después apartó la silla de la mesa de clasificación. Me bajé de su regazo y me dispuse a sostener la primera pila de fichas. Esa era otra tarea con la que podía ayudar, y me encantaba ver que todas las palabras hallaban su sitio en los casilleros. Mi padre agarró el montón más pequeño e intenté de adivinar dónde iría mamá. «Ni demasiado arriba ni demasiado abajo», canturreé. Pero, en lugar de ponerme aquellas palabras en la mano, mi padre dio tres largos pasos hacia la chimenea y las arrojó a las llamas.

Había tres fichas de papel. Cuando se separaron de sus dedos, cada una de ellas danzó hacia un lugar de descanso distinto impulsada por el flujo de aire caliente. Antes de que hubiera siquiera aterrizado, vi que *azucena* empezaba a crispase.

Me oí chillar mientras corría hacia el fuego. Oí a mi padre gritar mi nombre. La ficha se retorció.

Estiré la mano para rescatarla a pesar de que el papel de estraza se estaba carbonizando y las letras escritas en él se

transformaban en sombras. Pensé que podría agarrarlo como si fuera una hoja de roble, descolorida y quebradiza por el invierno, pero, cuando cerré los dedos en torno a la palabra, se hizo añicos.

Podría haber permanecido en ese momento para siempre, pero mi padre tiró de mí con una fuerza que me dejó sin aliento. Salió corriendo conmigo hacia el exterior del *scriptorium* y me hundió la mano en la nieve. Vi que tenía el rostro ceniciento, así que le dije que no dolía, pero, cuando abrí la mano, los fragmentos ennegrecidos de la palabra se me habían adherido a la piel abrasada.

Algunas palabras son más importantes que otras, lo aprendí mientras me criaba en el *scriptorium*. Pero tardé mucho tiempo en comprender por qué.

PARTE I

1887 - 1896

Batracio - Desconfiado

Mayo de 1887

SCRIPTORIUM. SUENA COMO si fuera un edificio grandioso en el que el más ligero de los pasos resuena entre el suelo de mármol y la cúpula dorada. Pero no era más que un cobertizo en el jardín trasero de una casa de Oxford.

En lugar de almacenar palas y rastrillos, el cobertizo acumulaba palabras. Todas las palabras inglesas estaban escritas en papeles del tamaño de una tarjeta postal. Los voluntarios las enviaban desde todos los rincones, y se conservaban en fajos en los cientos de casilleros que revestían las paredes del cobertizo. Fue el doctor Murray quien le puso el nombre de *scriptorium* —debió de pensar que era una indignidad que la lengua inglesa se almacenara en el cobertizo de un jardín—, pero todos los que trabajaban allí lo llamaban el *scripi*. Todos menos yo. Me gustaba la sensación de *scriptorium* cuando avanzaba por la boca y se posaba suavemente entre los labios. Me costó mucho tiempo aprender a pronunciarla, así que, cuando por fin lo logré, no iba a conformarme con ninguna otra cosa.

En una ocasión, mi padre me ayudó a buscar *scriptorium* en los casilleros. Encontramos cinco fichas con ejemplos de cómo se había usado la palabra y todas las citas databan de hacía poco más de un centenar de años. Las cinco eran más o menos iguales, y ninguna hacía referencia a un cobertizo en el jardín trasero de una casa de Oxford. Un *scriptorium*, me decían las fichas, era la sala de escritura de un monasterio.

Pero entendía por qué el doctor Murray la había elegido. Sus ayudantes y él eran casi como monjes y, cuando yo tenía cinco años, no me costaba imaginar el *Diccionario* como su libro sagrado. Cuando el doctor Murray me dijo que se tardaría una vida entera en compilar todas las palabras, me pregunté a quién pertenecería esa vida. Él ya tenía el pelo tan gris como la ceniza y solo iban por la mitad de la B.

MI PADRE Y el doctor Murray habían sido profesores en Escocia, juntos, mucho antes de que existiera el *scriptorium*. Y como eran amigos, y como yo no tenía madre que cuidara de mí, y como mi padre era uno de los lexicógrafos de mayor confianza del doctor Murray, todo el mundo hacía la vista gorda cuando yo estaba en el *scriptorium*.

Parecía algo mágico, como si todo lo que había existido y pudiera llegar a existir se hubiese almacenado entre sus paredes. Había libros apilados sobre todas las superficies. Diccionarios antiguos, historias y cuentos de antaño atestaban las estanterías que separaban un escritorio de otro o creaban un rincón para una silla. Los casilleros se alzaban desde el suelo hasta el techo. Estaban atiborrados de fichas y mi padre me dijo una vez que, si me leía todas y cada una de ellas, entendería el significado de todo.

En medio se encontraba la mesa de clasificación. Papá se sentaba a un extremo, y a cada lado cabían tres ayudantes. En el lado opuesto estaba el escritorio elevado del doctor Murray, enfrente a todas las palabras y a todos los hombres que lo ayudaban a definirlas.

Siempre llegábamos antes que los demás lexicógrafos y, durante ese rato, tenía a mi padre y las palabras solo para mí. Me sentaba en su regazo a la mesa de clasificación y lo ayudaba a catalogar las fichas. Siempre que nos encontrábamos con una palabra que yo no conocía, él leía la cita que la acompañaba y me guiaba para que averiguase su significado. Si le formulaba

las preguntas correctas, papá intentaba dar con el libro del que procedía la cita y me leía un poco más. Era como una búsqueda del tesoro, y a veces descubría oro.

—«El niño había sido un bribón atolondrado desde que nació.»

Mi padre leyó la cita de la ficha que acababa de sacar de un sobre.

—¿Soy una bribona atolondrada? —pregunté.

—A veces —contestó, y se puso a hacerme cosquillas.

Entonces le pregunté quién era el chico y papá me señaló dónde estaba escrito, en la parte superior del papel.

—*Aladino y la lámpara maravillosa* —leyó.

Cuando llegaron los demás ayudantes, me metí debajo de la mesa de clasificación.

—Quédate ahí quieta sin decir ni pío y no estorbes —dijo mi padre.

No me costaba permanecer escondida.

Al final de la jornada, me senté en el regazo de papá, al calor de la chimenea, y leímos *Aladino y la lámpara maravillosa*. Era una historia antigua, dijo mi padre. Sobre un niño chino. Cuando le pregunté si había otras, me dijo que había mil más. La historia no se parecía a nada de lo que hubiera escuchado, ni a ningún lugar en el que hubiese estado, ni a nadie que conociera. Miré en torno al *scriptorium* y me lo imaginé como la lámpara de un genio. Era ordinario por fuera, pero por dentro estaba lleno de maravillas. Y algunas cosas no siempre eran lo que parecían.

Al día siguiente, después de ayudar con las fichas, me puse a darle la lata a mi padre para que me contara otra historia. Con el entusiasmo, me olvidé de estar quieta sin decir ni pío; le estaba estorbando.

—A una bribona no la dejarán quedarse aquí —me advirtió papá, y me imaginé desterrada a la cueva de Aladino.

Me pasé el resto del día bajo la mesa de clasificación, y allí fue donde me encontré un pequeño tesoro.

Era una palabra y se cayó por un extremo de la mesa. «Cuando aterrice —pensé—, la rescataré y yo misma se la entregaré al doctor Murray.»

La observé. Durante un millar de momentos la observé surcar una corriente de aire invisible. Supuse que aterrizaría en el suelo sin barrer, pero no fue así. Planeó como un pájaro, a punto de posarse, y luego se elevó dando una voltereta como si se lo hubiera ordenado un genio. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera aterrizar en mi regazo, que pudiera viajar hasta tan lejos. Pero lo hizo.

La palabra se posó en los pliegues de mi vestido como un ente brillante caído del cielo. No me atrevía a tocarla. Solo se me permitía sujetar las palabras si estaba con mi padre. Pensé en llamarlo, pero algo me frenaba la lengua. Permanecí sentada durante mucho tiempo en compañía de la palabra, queriendo tocarla, pero no. «¿Qué palabra es? —me pregunté—. ¿De quién?» Nadie se agachó para reclamarla.

Al cabo de un largo rato, cogí la palabra formando un cuenco con las manos, con cuidado de no aplastar sus alas plateadas, y me la acerqué a la cara. Resultaba difícil leerla en la penumbra de mi escondite. Me arrastré hacia donde una cortina de polvo reluciente colgaba entre dos sillas.

Levanté la palabra hacia la luz. Tinta negra sobre papel blanco. Siete letras; la primera, una A de araña. Moví la boca alrededor del resto tal como me había enseñado a hacer mi padre: Z de zapato, A de araña, otra vez. Las pronuncié en un susurro. Esa parte era fácil: *aza*. El resto de la palabra tampoco me costó demasiado; por suerte, había muchas aes. *Cana*.

La palabra era *azacana*. Debajo de ella había otras palabras que se apelotonaban como una maraña de hilos. No distinguí si formaban una cita enviada por un voluntario o una definición escrita por uno de los ayudantes del doctor Murray. Mi padre decía que todas las horas que pasaba en el *scriptorium* eran para conferir sentido a las palabras que enviaban los voluntarios, para que pudieran definirse en el *Diccionario*. Era importante

y significaba que yo recibiría una educación formal y tres comidas calientes, y que de mayor sería una señorita refinada. Las palabras, decía, eran para mí.

—¿Se definirán todas? —le pregunté una vez.

—Algunas se quedarán fuera —respondió.

—¿Por qué?

Se quedó callado un instante.

—No son lo bastante sólidas. —Fruncí el ceño y me lo aclaró—: No las ha escrito suficiente gente.

—¿Qué pasa con las palabras que se quedan fuera?

—Vuelven a los casilleros. Si no hay información suficiente sobre ellas, se descartan.

—Pero, si no se las incluye en el *Diccionario*, a lo mejor se olvidan.

Ladeó un poco la cabeza y me miró como si acabara de decir algo importante.

—Sí, a lo mejor.

Sabía lo que ocurría cuando se descartaba una palabra. Doblé *azacana* con cuidado y me la guardé en el bolsillo del delantal.

Un instante después, la cara de papá apareció bajo la mesa de clasificación.

—Venga, Esme, vete ya. Lizzie te está esperando.

Escudriñé entre todas las patas —las de las sillas, las de las mesas, las de los hombres— y vi a la joven criada de los Murray al otro lado de la puerta abierta. Llevaba el delantal bien atado a la cintura, con demasiada tela por arriba y demasiada tela por abajo. Era crecedero, me decía, pero desde debajo de la mesa de clasificación me hizo pensar que jugaba a disfrazarse. Me arrastré entre los pares de patas y salí corriendo hacia ella.

—La próxima vez tendrías que entrar tú a buscarme; sería más divertido —dije cuando llegué a su lado.

—Ese no es mi sitio.

Me agarró de la mano y me llevó hacia la sombra del fresno.

—¿Dónde está tu sitio?

Frunció el ceño y luego se encogió de hombros.

—En la habitación del final de la escalera, supongo. En la cocina cuando estoy echándole una mano a la señora Ballard, pero ni de broma cuando no. En Santa María Magdalena los domingos.

—¿Y ya?

—En el jardín cuando te cuido a ti, *pa* no andar molestando a la señora B. Y cada vez más en el Mercado Cubierto, porque ella está mal de las rodillas.

—¿Tu sitio siempre ha estado en Sunnyside? —pregunté.

—No siempre.

Bajó la mirada hacia mí y me pregunté adónde se habría ido su sonrisa.

—¿Dónde estaba antes?

Titubeó.

—Con mi *mama* y todos nuestros pequerrechos.

—¿Qué son *pequerrechos*?

—Niños.

—¿Como yo?

—Como tú, Esmi.

—¿Están muertos?

—Solo mi *mama*. A los niños se los llevaron, no sé adónde. Eran demasiado pequeños *pal* servicio.

—¿Qué es *servicio*?

—¿Es que nunca dejas de hacer preguntas?

Me cogió por debajo de los brazos y me hizo dar vueltas y más vueltas hasta que las dos nos mareamos tanto que nos desplomamos sobre la hierba.

—¿Dónde está mi sitio? —pregunté mientras el mareo iba desvaneciéndose.

—En el *scripi*, digo yo, con tu *papa*. En el jardín, en mi habitación y en el taburete de la cocina.

—¿Y en mi casa?

—Claro, y en tu casa, aunque parece que pasas más tiempo aquí que allí.

—No tengo un sitio para los domingos, como tú —dije.

Lizzie arrugó el entrecejo.

—Sí lo tienes, la iglesia de San Bernabé.

—Solo a veces. Cuando vamos, mi padre se lleva un libro. Lo pone delante de los himnos y lee en lugar de cantar.

Me eché a reír al pensar en papá abriendo y cerrando la boca para imitar a la congregación, pero sin emitir sonido alguno.

—No es *pa* reírse, Esmi.

Posó una mano sobre el crucifijo que me constaba que llevaba bajo la ropa. Me preocupó que pensara mal de mi padre.

—Es porque Azucena murió —dije.

El ceño fruncido de Lizzie se transformó en una expresión de tristeza, que tampoco era lo que quería.

—Pero dice que debo decidir por mí misma. En cuanto a Dios y el Cielo. Por eso vamos a la iglesia. —Se le relajó el semblante y decidí volver a una conversación más sencilla—. Mi mejor sitio es Sunnyside —dije—. En el *scriptorium*. Luego en tu habitación, luego en la cocina cuando la señora Ballard hornea dulces, sobre todo cuando hace bollitos con lunares.

—Pero qué graciosa eres, Esmi. Se llaman bollitos de fruta; los lunares son pasas.

Papá decía que Lizzie también era una cría. Cuando él le dirigía la palabra, me daba cuenta de ello. Se quedaba lo más quieta que podía, se agarraba las manos para no jugar con ellas y asentía a todo sin apenas decir nada. Debía de tenerle miedo, pensé, igual que yo le tenía miedo al doctor Murray. Pero, cuando mi padre se iba, Lizzie me miraba de soslayo y me guiñaba un ojo.

Mientras estábamos tumbadas en la hierba con el mundo dando vueltas sobre nuestra cabeza, se acercó a mí de repente y me sacó una flor de detrás de la oreja. Como una maga.

—Tengo un secreto —le dije.

—¿Y qué secreto es ese, repollito mío?

—Aquí no puedo contártelo. Por si se va volando.

Atravesamos la cocina de puntillas hacia la escalera estrecha que llevaba a la habitación de Lizzie. La señora Ballard estaba agachada sobre un tarro de harina en la despensa y lo único que vi fue su enorme trasero envuelto en pliegues de guinga azul marino. Si nos veía, encontraría alguna tarea que encargarle a Lizzie y mi secreto tendría que esperar. Me llevé un dedo a los labios, pero una risita me subió por la garganta. Lizzie la vio venir, así que me estrechó entre sus brazos huesudos y subimos las escaleras al trote.

La habitación estaba fría. Lizzie quitó la colcha de su cama y la extendió en el suelo desnudo como si fuera una alfombra. Me pregunté si habría alguno de los niños Murray en la habitación que había al otro lado de la pared de la de Lizzie. Era el cuarto del bebé y a veces oíamos llorar al pequeño Jowett, pero no durante mucho tiempo. La señora Murray acudía enseguida, o alguno de los hijos mayores. Pegué el oído a la pared y oí los gorgoritos del bebé al despertarse, ruiditos que no eran del todo palabras. Me lo imaginé abriendo los ojos y dándose cuenta de que estaba solo. Gimoteó un rato, después lloró. Esa vez fue Hilda quien acudió. Cuando el llanto cesó, reconocí el tintineo de su voz. Tenía trece años, como Lizzie, y sus hermanas más pequeñas, Elsie y Rosfrith, nunca andaban muy lejos de ella. Cuando me senté en la alfombra con Lizzie, me los imaginé a todos haciendo lo mismo al otro lado de la pared. Sentí curiosidad por saber a qué jugarían.

Nos sentamos la una frente a la otra con las piernas cruzadas, apenas rozándonos las rodillas. Levanté las dos manos para comenzar un juego de palmas, pero ella se quedó inmóvil al ver mis dedos raros. Estaban arrugados y rosas.

—Ya no me duelen —dije.

—¿Estás segura?

Asentí con la cabeza y empezamos a jugar a las palmas, aunque Lizzie era demasiado delicada con mis dedos raros como para que sonaran como debían.

—Bueno, ¿cuál es tu gran secreto, Esmi? —preguntó.

Casi se me había olvidado. Dejé de jugar, me metí la mano en el bolsillo del delantal y saqué la ficha que había aterrizado en mi regazo aquella misma mañana.

—¿Qué tipo de secreto es ese?

Lizzie cogió el papelito con una mano y le dio la vuelta.

—Es una palabra, pero solo sé leer este trozo. —Señalé *azacana*—. ¿Me lees lo demás?

Recorrió las palabras con un dedo, igual que había hecho yo. Al cabo de un rato, me la devolvió.

—¿Dónde la has *encontrao*? —quiso saber.

—Me encontró ella a mí —contesté. Y, cuando vi que con eso no bastaba, dije—: La tiró uno de los ayudantes.

—Con que la han tirado, ¿eh?

—Sí —dije, sin bajar la mirada ni siquiera un poquito—. Algunas palabras no tienen sentido y se deshacen de ellas.

—Vale, ¿y qué vas a hacer con tu secreto? —preguntó Lizzie.

No lo había pensado. Lo único que quería era enseñárselo a ella. Sabía que no podía pedirle a mi padre que me la guardara en un lugar seguro, y tampoco podía quedarse en mi delantal para siempre.

—¿Me la puedes guardar tú?

—Supongo que sí, si es lo que quieres. Aunque no sé qué tiene de especial.

Era especial porque había venido a mí. Era casi insignificante, pero no del todo. Era algo pequeño y frágil y quizá no significara nada importante, pero sentía la necesidad de mantenerlo alejado del fuego de la chimenea. No sabía cómo explicarle nada de todo eso a Lizzie y ella no insistió. Más bien se puso a cuatro patas, metió la mano debajo de la cama y sacó un baúl de madera no muy grande.

La observé mientras pasaba un dedo por la fina película de polvo que cubría la tapa rayada. No tenía prisa por abrirla.

—¿Qué hay dentro? —pregunté.

—Nada. Todo lo que traje está dentro de ese armario.

—¿No lo necesitarás cuando salgas de viaje?

—No lo necesitaré —respondió, y quitó el pestillo.

Coloqué mi secreto en el fondo del baúl y me senté en cuclillas. Parecía minúsculo y solitario. Lo moví hacia un lado y luego hacia el otro. Al final lo saqué y lo sostuve con ambas manos.

Lizzie me acarició el pelo.

—Tendrás que encontrar más tesoros *pa* que le hagan compañía.

Me puse de pie, levanté el trozo de papel lo más arriba que pude por encima del baúl y lo solté; luego lo contemplé mientras caía flotando, balanceándose de un lado a otro, hasta posarse en una esquina del baúl.

—Ahí es donde quiere estar —dije, y me agaché para alisarlo.

Pero no se aplanaba. Había un bulto bajo el forro de papel que cubría el fondo del baúl. El borde ya se había levantado, así que lo despegué un poco más.

—No está vacío, Lizzie —dije cuando apareció la cabeza de un alfiler.

Ella se asomó por encima de mí para ver a qué me refería.

—Es un alfiler de sombrero —respondió, y estiró la mano para cogerlo.

Tenía tres cuentas pequeñas en la cabeza, la una sobre la otra, formando un caleidoscopio de color. Lizzie lo hizo girar entre el pulgar y el índice. Mientras le daba vueltas, me di cuenta del momento en que recordó algo. Se lo llevó al pecho, me dio un beso en la frente y depositó el alfiler con cuidado en su mesilla de noche, junto a la diminuta fotografía de su madre.

NUESTRO PASEO HASTA casa, en Jericho, duró más de lo debido porque yo era pequeña y a papá le gustaba callejear mientras fumaba en pipa. Me encantaba aquel olor.

Cruzamos la amplia Banbury Road y empezamos a bajar por Saint Margaret's, donde dejamos atrás casas altas construidas de dos en dos, con jardines bonitos y árboles que daban sombra al camino. Luego elegí una ruta zigzagueante por calles estrechas en las que las casas estaban apretujadas las unas contra las otras, igual que las fichas en sus casilleros. Cuando giramos hacia Observatory Street, mi padre limpió la pipa dándole unos golpecitos contra una pared y se la guardó en el bolsillo. Luego me cogió a hombros.

—No tardarás en ser demasiado grande para esto —dijo.

—¿Cuando sea demasiado grande dejaré de ser una pequerrecha?

—¿Así te llama Lizzie?

—Me llama así y de otras muchas formas. También me llama *repollo* y *Esmi*.

—*Pequerrecha* lo entiendo, y *Esmi*, pero ¿por qué te llama *repollo*?

Repollo siempre iba acompañado de un abrazo o una sonrisa amable. Tenía todo el sentido del mundo, pero no sabía explicar por qué.

Nuestra casa estaba hacia la mitad de Observatory Street, justo después de Adelaide Street. Cuando llegamos a la esquina, conté en voz alta:

—Uno, dos, tres, para en cuanto a la puerta estés.

Teníamos una vieja aldaba de latón con forma de mano. Azucena la había encontrado en un puesto de baratijas del Mercado Cubierto; papá decía que cuando la compró estaba deslustrada y arañada y que tenía arena de río entre los dedos, pero que él la había limpiado y colocado en la puerta el día en que se casaron. Sacó la llave del bolsillo y yo me agaché y cubrí la mano de Azucena con la mía. La golpeé cuatro veces.

—No hay nadie en casa —dije.

—No tardarán en llegar.

Abrió la puerta y bajé la cabeza cuando la franqueó para entrar en el vestíbulo.

Papá me bajó, dejó la cartera en el aparador y se agachó para recoger las cartas del suelo. Lo seguí por el pasillo hasta la cocina y me senté a la mesa mientras él preparaba la cena. Teníamos una criada que iba tres veces a la semana para cocinar, limpiar y lavarnos la ropa, pero aquel no era uno de sus días.

—¿Me dedicaré al servicio cuando deje de ser una pequerrecha?

Mi padre meneó la sartén para darles la vuelta a las salchichas y luego miró hacia donde me había sentado.

—No, no te dedicarás a eso.

—¿Por qué no?

Volvió a menear las salchichas.

—Es difícil de explicar.

Esperé. Respiró hondo y las arrugas que le salían entre las cejas al pensar se hicieron más profundas.

—Lizzie es afortunada de dedicarse al servicio, pero para ti sería desafortunado.

—No lo entiendo.

—No, ya me lo imagino. —Escurrió los guisantes y trituró las patatas y los sirvió en los platos junto con las salchichas. Cuando por fin se sentó a la mesa, dijo—: El servicio tiene significados distintos para cada persona, Esmi, dependiendo de su posición en la sociedad.

—¿Todos esos significados distintos aparecerán en el *Diccionario*?

Las arrugas de pensar se le suavizaron.

—Mañana lo buscaremos en los casilleros, ¿te parece?

—¿Azucena habría sabido explicarme *servicio*? —pregunté.

—Tu madre habría tenido palabras para explicarte el mundo, Esmi —respondió papá—. Pero, sin ella, debemos confiar en el *scripti*.

LA MAÑANA SIGUIENTE, antes de clasificar el correo, mi padre me cogió en brazos y me dejó inspeccionar los casilleros que contenían las palabras de la S.

—Vale, a ver qué encontramos.

Me señaló un casillero que estaba casi fuera de mi alcance, pero no del todo. Saqué un fajo de fichas. *Servicio* estaba escrita en una ficha tipo portada y, debajo de ella: *Múltiples acepciones*. Nos sentamos a la mesa de clasificación y papá me dejó soltar el cordel que mantenía las fichas unidas. Estaban separadas en cuatro fajos de citas más pequeños, cada uno con su propia ficha de portada y una definición sugerida por uno de los voluntarios de mayor confianza del doctor Murray.

—Estas las clasificó Edith —dijo mi padre, que después distribuyó los montones sobre la mesa de clasificación.

—¿Te refieres a la tía Ditte?

—La misma.

—¿Es lexi... *lexiógrafa*, como tú?

—Lexicógrafa. No. Pero es una mujer muy culta y tenemos suerte de que haya convertido el *Diccionario* en su pasatiempo favorito. No pasa una sola semana sin que Ditte le envíe al doctor Murray una carta con una palabra o una anotación para la siguiente sección.

Tampoco pasaba una semana sin que nosotros recibiéramos una carta de Ditte dirigida a nosotros. Cuando mi padre las leía en voz alta, hablaban sobre todo de mí.

—¿Yo también soy su pasatiempo?

—Eres su ahijada, y eso es mucho más importante que un pasatiempo.

Aunque Ditte se llamaba en realidad Edith, de muy pequeña me costaba pronunciar su nombre. Había otras maneras de pronunciarlo, me dijo, y me permitió elegir la que más me gustara. En Dinamarca se llamaría Ditte. «Ditte suena a confite», pensaba a veces, disfrutando de la rima. Nunca más volví a llamarla Edith.

—Bien, veamos cómo ha definido Ditte *servicio* —dijo papá.

Muchas de las definiciones describían a Lizzie, pero ninguna explicaba por qué *servicio* tal vez significara algo diferente para ella y para mí. El último fajo que miramos no tenía portada.

—Son duplicados —aclaró mi padre.

Me ayudó a leerlos.

—¿Qué pasará con ellos? —pregunté.

Pero, antes de que pudiera contestarme, se abrió la puerta del *scriptorium* y uno de los ayudantes entró anudándose la corbata como si acabara de ponérsela. Cuando terminó, la corbata le quedó torcida y se le olvidó metérsela por dentro del chaleco.

El señor Mitchell miró por encima de mi hombro hacia los montones de fichas esparcidas por la mesa de clasificación. Un mechón de pelo oscuro le cayó sobre la cara. Se lo echó de nuevo hacia atrás, pero no llevaba aceite capilar suficiente para que se le sujetara.

—*Servicio* —leyó.

—Lizzie se dedica al servicio —dije.

—Así es.

—Pero mi padre dice que para mí sería desafortunado dedicarme al servicio.

El señor Mitchell miró a mi padre, que se encogió de hombros y sonrió.

—Creo que cuando crezcas, Esme, podrás dedicarte a lo que quieras —dijo el señor Mitchell.

—Quiero ser lexicógrafa.

—Pues ese es un buen comienzo —dijo, y señaló todas las fichas.

El señor Maling y el señor Balk entraron en el *scriptorium* debatiendo en torno a una palabra sobre la que ya habían discutido el día anterior. Luego llegó el doctor Murray, con la toga negra ondeando. Miré a aquellos hombres uno por uno y pensé en si sería capaz de averiguar sus respectivas edades basándome en la longitud y el color de la barba. La de papá y la del señor Mitchell

eran las más cortas y oscuras. La del doctor Murray se estaba volviendo blanca y le llegaba hasta el botón superior del chaleco. La del señor Maling y la del señor Balk estaban en un punto intermedio. Ahora que ya estaban todos, había llegado el momento de que yo desapareciera. Me metí debajo de la mesa de clasificación y agucé la mirada en busca de fichas extraviadas. Deseaba más que nada en el mundo que otra palabra acudiera a mi encuentro. Ninguna lo hizo, pero, cuando papá me dijo que me fuera con Lizzie, no llevaba los bolsillos vacíos del todo.

Le mostré la ficha a Lizzie.

—Otro secreto —dije.

—¿No deberían prohibirte que saques secretos del *scripti*?

—Mi padre me ha dicho que esta es un duplicado. Hay otra que dice justo lo mismo.

—¿Qué dice?

—Que tú tienes que dedicarte al servicio y yo a bordar hasta que un caballero quiera casarse conmigo.

—¿De *verdad*? ¿Eso dice?

—Creo que sí.

—Bueno, yo puedo enseñarte a bordar —dijo Lizzie.

Me lo pensé.

—No. Gracias, Lizzie. El señor Mitchell me ha dicho que podría ser lexicógrafa.

Durante las siguientes mañanas, tras ayudar a mi padre con el correo, me metía debajo de la mesa de clasificación y me arrastraba hasta un extremo para esperar a que cayera alguna palabra. Pero, cuando caían, los ayudantes las recuperaban siempre a toda prisa. Al cabo de unos días me olvidé de estar atenta a las palabras y, al cabo de unos meses, me olvidé del baúl que había bajo la cama de Lizzie.